

LA TARDE DE LORCA

DIARIO DE AVISOS FUNDADO EN ENERO DE 1909
DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS

AÑO XIX

REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN, LETRA D, BAJO

MIÉRCOLES 19 ENERO 1927

TELÉFONO NUMERO 90

NUMERO 4.845

DEL MOMENTO

GRAVISIMO SUCESO EN LA CARRETERA DE MURCIA

Salvación milagrosa

El caso ha sido tan raro, tan incomprensible y peligroso, que resulta un verdadero milagro el que puedan contar aquellos a quienes acaeció. Ni fantasía, ni sueño; cuatro hombres serios y veraces, dan testimonio del suceso que vamos a relatar.

En la mañana de ayer 18, y después de las diez y media, salieron para la capital los señores don Santiago y don José Payá, don Luis Pérez Rueda y nuestro director Sr. López Barnés, en un auto propiedad de los dos primeros.

A las once y cuarto entraban en Murcia, y evacuadas las diligencias que allí los llevaban, emprendieron el regreso con objeto de hallarse en Lorca de tres a tres y media de la tarde.

Eran las dos y ocho minutos, cuando nuestros queridos amigos, espoleados por el deseo de hallarse en sus respectivos domicilios a la hora antes mencionada, tomaban la rampa que desde el Plano de San Francisco conduce al puente, en busca del barrio de San Benito.

Lluviosa había sido la mañana, pero despejado el cielo desde las primeras horas de la tarde, si bien lucía el sol, un viento pertinaz aunque llevadero, secaba rápidamente las huellas que la lluvia de la mañana, por su breve duración, había dejado sobre la carretera.

Pasaron sin detenerse por Alcantarilla. El viento arreciaba, pero aún era soportable. El auto seguía su marcha sin obstáculo alguno. Algunos kilómetros iban recorridos en dirección a Librilla, cuando de pronto, el viento aumentó su indómita furia. Era huracán desencadenado. Marchaba el auto en estos momentos entre los kilómetros quince y dieciséis, no podemos precisar con exactitud, cuando rapidísima, instantáneamente, en menos tiempo que se lanza una exclamación, algo informe, extraño, monstruoso, que en aquel instante supremo los viajeros no supieron definir, se precipita viniendo de frente, sobre el auto, pasando como una exhalación por el centro del carruaje, es decir, por entre las cabezas de los señores Payá, que iban en los asientos delanteros, y por entre las de los señores Pérez Rueda y López Barnés que ocupaban, cada uno en un extremo, el largo asiento de la

espalda. Coincidiendo con el paso velocísimo, vertiginoso, de aquella saeta monstruosa, un golpe, un chasquido vibrante, algo como un choque horrible, y el auto retrocede en línea recta, como empujado por una furia invisible. Maniobra, veloz, el expertísimo mecánico Sr. Payá, don José, que conducía el coche; queda este parado aun lado de la carretera; miráanse con asombro los viajeros, López Barnés álzase rápido de su asiento en auxilio del Sr. Payá, D. Santiago, que grita: ¿qué me ha pasado a mí? ¡La cara! ¡la cara!

Nuestro director tranquiliza a su amigo: —No es nada, no tiene usted nada; una ligerísima erosión en la oreja. Pero Barnés se apercebe de que una de las manos del Sr. Payá está roja de sangre...

No tiene importancia; no se inquiete por esto —dice el herido— son cortes que me han hecho los trozos del cristal...

Todo lo descrito, ocurrió en una milésima de segundo. Descienden del coche; y es entonces, en aquel momento, cuando las miradas de nuestros amigos aprecian el estado en que se encuentra el vehículo que los conducía. La delantera es un esqueleto, un montón informe de cosas desgarradas, retorcidas, rotas. ¿Dónde estaban la cubierta del motor, los faroles, el radiador, el parabrisas, el marco de éste, la bocina, la capota...? Sólo podemos decir que el aspecto del auto era imponente. Entre aquellos maltrechos restos de lo que fué, sólo se encontraban incólumes, el depósito de la gasolina, el motor, al descubierto, y el volante.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —se preguntaban.

—¿Qué hemos nacido hoy, que acabamos de nacer, señores! —decía intensamente pálido el señor Pérez Rueda.

Un viejo campesino, que guiando un carro, venía en dirección contraria a nuestros viajeros, había visto de lejos el espectáculo; al pasar junto al coche, gritaba el pobre hombre: —¡Vivos de milagro! ¡De milagro!

Habíase alejado el carro y su conductor diez o quince metros, cuando gritó el campesino:

—Esto será de ustedes— y señalaba un objeto que acababa de coger del suelo.

López Barnés corrió hacia

POETAS ESPAÑOLES

POEMA

DE ENERO

(DE NUESTRA COLABORACION)

Florece Dios el romero,
canta la pena en la pena,
y en el dorado pandero
se rompe la Nochebuena.

Noche que llena los pinos
de lágrimas desgarradas
y abre divinos caminos
entre las cumbres heladas.

Copla del pueblo, que reza
la maja española
con una alegre tristeza
de dolorosa alegría.

Copla que va acompañada
al ritmo de España entera:
farseta de asturianada
con alma de carcelera.

Novia del pie fino y breve,

bajo tu manto de lino
vienes envuelta en la nieve
como la flor del espino.

Por mi camino doliente
mi alma te sigue también
como esa estrella de Oriente
que nunca llega a Belén..!

Pastora triste y dorada
que vienes por el sendero
y traes un ala tronchada
y en el costado un lucero;
todos los años te espero
y acaso no vuelvas más;
dorada novia de Enero,
¿vendrás?

P. IGLESIAS CABALLERO
Madrid

donde aquel hombre se hallaba. El objeto a que se refería, era un pájaro de metal fundido, con las alas abiertas. Estaba quebrado por su base. Era un adorno de la delantera del auto.

—¿Pero usted ha visto lo ocurrido? —Le preguntó López Barnés, al viejo.

—¡Qué si lo he visto! A quien no creí ver vivos, era a los que venían en el auto. ¡Mírelo usted, mírelo usted! —decía señalando con la vara un sitio de la carretera algo distante.— ¡Allí está, allí está el poste; el que ha embestido al auto como una flecha! ¡Un milagro, señorito!

En efecto, tendido en la carretera y al hilo de ésta, no de través, había un poste de teléfonos o telégrafos; tenía cinco metros de longitud, y en su extremo superior, un grueso larguero formando una cruz. Pues bien, el poste fué el que pasó con la velocidad del rayo por las cabezas de los ocupantes del carruaje. Con la extraña, con la incomprensible circunstancia, de que el palo que formaba la cruz, iba en posición perfectamente perpendicular; el extremo del brazo inferior, fue el que chocó con la delantera del auto destruyéndola, en su carrera asombrosa, haciendo retroceder rectamente el coche, y cayendo al fin, dicho poste, a cincuenta metros del sitio en que paró el vehículo, y quedando en la po-

sición que llevaba en su vuelo vertiginoso; esto es, al hilo de la calzada.

¡Increíble, inexplicable, extraño? De acuerdo: pero cierto.

Los cables que arrastraba, rozaron a su paso, tan fuertemente el lado derecho del rostro del Sr. Payá, que experimentó la sensación de que le había desaparecido media cara. El mismo cable, se llevó las gafas de nuestro querido amigo, inutilmente buscadas entre los mil trozos del parabrisas y a lo largo de la carretera.

Indudablemente, arrancó de cuajo el poste un remolino de viento y haciéndolo juguete de su furia, lo lanzó a lo largo de la carretera; si en lugar de enfilar el auto por el mismo centro de su frente, varía la dirección veinticinco centímetros a uno u otro lado, dos de los viajeros, no podrían contarle, seguramente; si en lugar de ir los brazos de la cruz en posición perpendicular, van en posición horizontal las cabezas de los ocupantes del auto, habrían sido totalmente destruidas...

Es de notar, y lo decimos con indignación, que esos enormes postes, según pudimos apreciar por las huellas sólo tenían medido en tierra, cincuenta centímetros de su extremo inferior.

En Librilla fué atendido expulposamente el Sr. Payá.

La noticia corrió rápida, y los

CENTRO POLITÉCNICO

Preparación para las carreras de Aduanas, Militar, Correos y Comercio.
Contabilidad - Bachillerato - Magisterio - Idiomas.

AVENIDA DE LA ESTACION

vecinos de dicho pueblo, de Alhama y de Totana, preguntaban a los viajeros de cuantos autos venían de Murcia, por nuestros amigos. Por la noche llegaron éstos a Lorca.

Los felicitamos cordialmente, por su salvación milagrosa.

B.

CARTA-ABIERTA

Los "Blancos" están dispuestos

Sr. D. Juan López Barnés.
Director de LA TARDE DE LORCA.

Mi querido amigo: He leído unos diálogos entre Cástulo y Gaspar que bajo la prestigiosa firma de «Juan del Pueblo» viene publicando éstos días el periódico de su digna dirección, relativos a nuestras procesiones de Semana Santa, y encontrando en el último de ellos una directa alusión, me considero en el deber de recojerla, como lorquino y como Presidente del Paso Blanco.

En boca de Gaspar se pone la frase enervante de los entusiasmos, al exclamar: «¡Pero estamos ya viejos, Cástulo...!» Y en la de su interlocutor, comentando las exaltaciones de los tiempos pretéritos y el indiferentismo glacial de los presentes, hay un expreso llamamiento a la senatez y a la cordura, al decir: «organícense con tiempo y debidamente esas Hermandades.»

He aquí la alusión que yo debo recojer, para decir al real o fingido personaje del diálogo que, el Paso Blanco, la Hermandad de Nuestra Señora del Rosario, que yo presido, está debidamente organizada, y tan dispuesta a dar en todo momento fe de vida, con los entusiasmos que reclaman la tradición de éstas fiestas en Lorca y que siempre demostraron mis dignísimos predecesores, que no vacilo en declarar públicamente que en esta Hermandad no hay ni una sola persona que no anhele el momento de poder gritar al son de nuestro TRES: ¡Viva Lorca y Viva el Paso Blanco!